

BLIZZARD ENTERTAINMENT

Cazador de demonios
Odio y disciplina

Micky Neilson

Valla olió a los muertos en descomposición a una milla de distancia.

Cuando la cazadora de demonios llegó a lo que quedaba de Holbrook, el aire era cálido a pesar de las nubes que cubrían Khanduras. Lo que una vez fue una modesta comunidad granjera que luchaba por sobrevivir se había convertido en una desierta ciudad fantasma. O, al menos, eso parecía. El fuerte hedor de la putrefacción sugería que sus habitantes aún estaban presentes, solo que no entre los vivos.

El mentor de Valla, Josen, estaba de pie en el centro de la aldea, examinando una pila de escombros compuesta de mampostería diseminada revuelta con rocas y tierra removida.

Iba vestido con el atuendo característico que es el sello de los cazadores de demonios. La suave luz se reflejaba en la armadura de placas que adornaba la mitad de su cuerpo. Sus ballestas gemelas colgaban a la altura de los muslos, fácilmente accesibles. Llevaba la capucha bajada y su manto chasqueaba azotado por el fuerte viento.

Valla iba vestida de manera similar y la mayor diferencia entre ellos era la larga y oscura bufanda que llevaba y que, en esos momentos, le cubría la mitad inferior de la cara. La hija del aserrador aminoró el paso de su caballo, desmontó y esperó un momento, quieta y en silencio, mientras sopesaba la situación.

Había un zumbido persistente y apenas discernible. Las únicas señales de vida provenían de Josen y de otros dos cazadores. Uno registraba las ruinosas estructuras y el otro permanecía de pie junto a un almacén derruido. Fuera lo que fuera lo que había ocurrido allí, habían llegado demasiado tarde como para hacer nada al respecto. Ya solo era cuestión de buscar supervivientes. Después de todo, esa era la segunda tarea más importante que realizaba su gente: alimentar y dar cobijo a aquellos que habían quedado desamparados tras catástrofes sin igual. Guiarlos, apoyarlos, curarlos, educarlos y entrenarlos... para que pudieran dedicarse a la más importante de sus tareas si así lo escogían: convertirse en cazadores de demonios para aniquilar al engendro infernal responsable de tales perversiones.

Josen continuó estudiando los escombros atentamente mientras Valla se acercaba.

—Vine tan rápido como pude —afirmó mientras se retiraba la bufanda.

El apagado zumbido proseguía. Los ojos de Josen se mantuvieron fijos.

—No deberíamos estar aquí —su voz resonaba como grava suelta—. Si Delios hubiese tenido éxito en su misión, no estaríamos aquí. —Sus ojos brillantes se encontraron por fin con los de ella—. Dime lo que ves.

Valla echó un vistazo al desbarajuste. La mampostería y las vigas le resultaban familiares... igual que el oscuro líquido desparramado por las mismas. Pero, además, había una sustancia negra, como una especie de brea, que era incapaz de reconocer.

—El pozo del pueblo —aventuró Valla—. El demonio surgió de aquí... estaba herido, como indica la presencia de sangre demoníaca. Delios al menos logró eso. Solo rezo para que tuviese la muerte de un cazador.

Josen dio una patada en el suelo. Bajo la superficie, la tierra estaba mojada.

—Esto ocurrió hace no más de un día... después.

Valla esperó a que Josen continuase. Al ver que no lo hacía, preguntó

—¿Después de qué?

La expresión del maestro de cazadores era inescrutable.

—Sígueme —replicó.

A medida que se acercaban al almacén, el zumbido se hizo más alto y penetrante. Y del mismo modo que el ruido, la fetidez también se acentuó. El cazador apostado en la entrada abrió las altas puertas.

Una espesa masa oscura: una densa nube de moscas escapó. Y a pesar de que Valla estaba acostumbrada al olor a carne en descomposición, la intensidad en esta ocasión casi consiguió que le fallasen las piernas. Se ajustó la bufanda y contuvo una arcada.

En el interior del recinto, del tamaño de un granero, los lugareños estaban apilados en montones desordenados. Hombres, mujeres... muchos de ellos hinchados con el abdomen dilatado. Algunos de los cuerpos habían reventado y dejaban a la vista las entrañas plagadas de gusanos que se abrían camino entre las vísceras. Los ojos, narices y bocas supuraban fluidos. Junto al de la descomposición, estaba el inconfundible olor a heces. Cientos de moscas se arremolinaban en la carnicería.

Valla frunció el ceño. Las heridas, aunque terribles, no eran las habituales del ataque de un engendro infernal. Se trataba de puñaladas, empalamientos, cráneos aplastados, y no los típicos descuartizamientos, desmembramientos y decapitaciones asociados a los asesinatos de los demonios.

Josen habló.

—Delios fue visto hace un día en el exterior de Bramwell. Irrumpió en un burdel, mató a todo el mundo... y después desapareció. Anoche hubo otra masacre. Quince víctimas en un fumadero de opio. Muertas por virotos de ballesta y filo.

Valla abrió los ojos como platos, incrédula. Josen había respondido a la pregunta que no había formulado.

—Sucumbió a la corrupción del demonio. Lo hemos perdido. Ya no es mejor que un demonio.

Se trataba de un terrible devenir al que se arriesgaban todos los cazadores de demonios: rebasar el umbral que separa el bien del mal. No era muy difícil perder la capacidad de controlar el miedo o el odio y pasarse al otro lado. Pero esto... esto no era obra de Delios. Era algo distinto. Valla ocultó su inquietud.

—Puede que sea así, pero ningún cazador es responsable de lo que hemos presenciado aquí. Ni ningún demonio.

—Estoy de acuerdo.

—¿Crees que se volvieron unos contra otros?

—Puede —respondió escuetamente Josen antes de partir. Valla observó los montones de cuerpos una vez más y se dio cuenta de algo extraño: no había niños entre ellos.

Fuera, Josen estaba junto a su caballo. Valla se apresuró hacia él.

—He completado mi último encargo. ¿Cuáles son ahora mis órdenes?

—Seguiremos buscando supervivientes. Al amanecer cabalgaré hasta Bramwell, y encontraré a Delios. Quizás... no sea demasiado tarde para él —dijo el maestro cazador, pero su leve titubeo indicaba lo contrario.

Valla se puso firme.

—Entonces iré a buscar al demonio.

—No —replicó Josen—. No estás lista.

Valla se acercó.

—¿Cómo?

El maestro cazador se giró hacia ella, sin alterar su tono.

—Digo que no estás preparada. Sabemos muy poco de aquello a lo que nos enfrentamos. De sus métodos. Creemos que es un demonio que se alimenta de terror... pero eso Delios también lo sabía eso y no le bastó. Un demonio así... —Josen bajó ligeramente la mirada—. Se colará en tu mente y desatará cada miedo, cada duda, cada remordimiento; por muy profundamente que los hayas enterrado. Hará que te enfrentes contra ti misma. —Los ojos del maestro cazador volvieron a elevarse y se centraron en Valla.—Recuerda tu fracaso en las ruinas.

—Eso fue diferente. Un demonio de ira —protestó Valla.

—Ira. Odio. Miedo. Se alimentan mutuamente. Un cazador de demonios aprende a canalizar el odio. Pero ese equilibrio es precario. Y cuando se pierde, comienza el ciclo: el odio engendra destrucción. La destrucción engendra terror. El terror engendra odio...

—¡Ya lo he oído mil veces! —espetó Valla.

—Pues recuérdalo bien. Aún eres joven y tienes mucho que aprender. Si te he enseñado algo de valor, es precisamente que un cazador de demonios siempre ha de templar su odio con disciplina. Así que cálmate. El demonio está herido. Inactivo de momento. Mandaré a otro cazador.

Josen se volvió para marcharse, pero Valla no había acabado.

—Entonces iré a por Delios.

Josen miró hacia atrás.

—Te quedarás y ayudarás a buscar supervivientes. Delios es mío. Esas son mis órdenes. —Después, el maestro cazador se fue. Con calma. Y, de algún modo, eso terminó de enfurecer a Valla. Hubiera preferido que gritase, que se desgañitase, que demostrase una maldita pizca de emoción.

¿Que no estoy lista? ¿Que no estoy lista? Después de todo lo que he pasado...

—¿Cómo te atreves a decirme para qué no estoy lista? —susurró Valla.

Un instante después ya estaba a horcajadas de su caballo.

¿Por dónde? ¿Por dónde podría haber ido el demonio? Valla observó la sangre entre los escombros. No había rastro alguno más allá del radio de aquellos despojos. Eso no ayudaría.

Al este solo había montañas. Al oeste, el Golfo de Westmarch. Lejos, al sur, estaba Nueva Tristán. Pero el demonio estaba herido. ¿Se arriesgaría a emprender el largo camino hacia el sur o iría al noreste, donde encontraría más comunidades granjeras pequeñas como esta?

Más presas fáciles.

La aldea más cercana, Havenwood, estaba a menos de un día de camino.

La decisión estaba tomada.

Ellis Halstaff temía por la salud de su hija.

Sahmantha yacía inmóvil en el dormitorio del piso de abajo, con un paño frío y mojado en la frente, y la respiración tenue.

Sahm se había despertado la noche anterior gritando. Le había costado mucho calmar a la niña; cuando Ellis lo logró finalmente y le preguntó qué pasaba, su hija respondió que sentía "que tenía algo malo dentro de su cabeza".

Bellik, el sanador de Havenwood, la había visitado antes. Le administró un tónico que permitiría descansar a Sahm y prescribió un baño frío en cuanto fuese posible.

Pero Sahm estaba ahora descansando y había que dar de comer al hijo pequeño de Ellis, Ralyn, además del trabajo que quedaba por hacer antes de que anocheciese. Antes era más sencillo, cuando el padre de Sahm aún estaba allí, pero se marchó sin decir palabra, sin siquiera dejar una nota y nunca volvió.

Ellis miró a Sahm en ese momento y pensó en el último cumpleaños de la niña, cuando la precoz criatura de siete años declaró con descaro que "en adelante se ocuparía de sus propios asuntos" y que su rutina diaria ya no incluiría el coro. Pensó en la risa de Sahm: una cordial y desenfadada risotada. Recordó aquella noche, hacía menos de una semana, en la que Sahm le había contado en rigurosa confidencia que estaba enamorada del pequeño Joshua Gray, porque sus ojos eran como un sueño agradable.

Pensó en todas esas cosas y rezó a Akarat para que Sahm se pusiese bien pronto, para que volviese a tener sueños agradables y para que no volviera a sentirse aterrada por la dolencia que padecía.

Valla estaba sentada frente al fuego, contemplándolo, aún a unas pocas millas de Havenwood. Absorta, recorrió con el dedo una larga cicatriz que discurría por el contorno de su mandíbula.

No estás lista.

Un cazador de demonios siempre ha de templar su odio con disciplina.

Aún podía escuchar las palabras de Josen. Pero, cuanto más pensaba en ello, más se inclinaba a creer que quizás... quizás no estuviera del todo equivocado. Sus pensamientos retrocedieron hasta el incidente de las ruinas...

Delios y ella se habían internado profundamente hacia el sur en las Tierras del Terror, viajaron juntos durante varios días. Delios era grosero y brusco, lo cual la mantenía en tensión. Valla prefería actuar en solitario, pero Josen había insistido en que trabajasen en pareja.

Localizaron la guarida del demonio entre las ruinas largo tiempo olvidadas de una civilización desconocida. Valla resguardó su mente como Josen le había enseñado. Había advertido a ambos de que, con un demonio poderoso como aquel, la batalla trascendería lo meramente físico.

—*Vosotros sois la mayor arma del demonio* —había recalcado.

Mientras se abrían camino hacia abajo entre enormes losas monolíticas de piedra, Valla sintió que su agitación iba en aumento. La base de las escaleras se abrió hacia un abismo cavernoso en el que cientos de gigantescos pilares rocosos se erguían a lo alto de tal modo que sus capiteles se perdían en la oscuridad superior. Unos braseros ardientes emitían parches de luz parpadeante.

Delios se adelantó. Era necio e insensato. Valla sintió un latido en su cabeza. Podía sentir cómo el demonio se infiltraba en sus pensamientos. En su mente, su presencia tenía la forma de tentáculos negros que tanteaban, persuadían y provocaban. Valla empezó a pensar en todas las manías irritantes y cualidades negativas de Delios. Su agitación pronto se volvió enfado, que acabó siendo ira.

Delios volvió a adelantarse a pesar de que ella le había gritado que se detuviese. Este se giró y ella pudo observar una mueca retorcida en su rostro a modo de sonrisa. De repente, estuvo segura de que había sucumbido a la corrupción. Había cruzado la línea. Su ira hirvió hasta convertirse en furia ciega y supo que iba a matarlo. Era débil y patético. Acabar con su vida sería un acto de piedad.

Se adelantó. Delios permaneció donde estaba y seguía sonriendo para provocarla. Entonces corrió hacia él mientras Delios se guarecía tras un pilar. Valla lo siguió...

Había desaparecido. *Sintió* que el demonio estaba detrás de ella, como una presencia enorme y ultraterrena. En su mente, podía escuchar el eco de una risa. El demonio la había manipulado con la facilidad con la que un titiritero manipula las cuerdas de una marioneta. El Delios que había seguido no era real. Había perdido y ahora iba a morir.

Entonces se produjo una explosión y mucho de lo que ocurrió después solo lo recordó a modo de breves fognazos: Josen luchó contra el demonio. Delios se acercó corriendo a ayudar. Valla recuperó la compostura a tiempo para disparar varios virotes con la ballesta. Josen gritaba palabras de expulsión.

—Puedo verte, Draxiel, perro faldero de Mefisto. En nombre de todos aquellos que han sufrido, ¡yo te exorcizo! ¡Desaparece, yo te maldigo, no regreses jamás! —Josen disparó un virote, se produjo un destello cegador y el demonio desapareció.

Las ruinas habían sido una prueba. A Josen le encantaba decir que todo era una prueba, que la vida en sí era una prueba. Y Valla había fracasado. Ahora... ahora Delios también había fracasado. Y le había costado el alma.

Valla estaba decidida a derrotar a ese demonio, pero también a evitar el destino de Delios...

Lo hemos perdido. No es mejor que un demonio.

La hija del aserrador reprimió un escalofrío. Había más de una forma de expulsar a un demonio, pero Josen solo le había enseñado una manera. Además, en una ocasión le dijo:

—Cuando un demonio mira en tu interior, puedes devolver la mirada. Pero es la cosa más peligrosa que puede hacer un cazador de demonios.

Valla no volvería a repetir el error que cometió en las ruinas. Había madurado mucho desde entonces.

La cazadora de demonios sacó del bolsillo un grabado de su hermana pequeña, Halissa.

—Por ti —susurró. Y, mientras las llamas de la hoguera se iban extinguendo, inició una serie de ejercicios mentales que Josen le había enseñado.

No voy a conseguirlo, pensó Ellis Halstaff. He perdido mucha sangre.

Escapar por la puerta delantera y correr hacia Havenwood estaba descartado. No antes de llegar hasta Ralyn. Estaba completamente indefenso, con solo un año y medio de edad. No había aprendido a andar todavía, y menos aún a protegerse en forma alguna.

En la escalera, se apoyó con la mano buena en el pasamano, mientras tiraba de su pierna derecha inutilizada escalón tras escalón.

Mientras sus fuerzas menguaban, pensó en Sahm y se preguntó desesperada por qué su hija quería matarla.

Tras acabar su trabajo, Ellis había ido a ver a Sahm, por si estaba lista para bañarse. Sahm había sonreído y sacado el mejor cuchillo de trinchar de debajo de las sábanas para apuñalarla en la pierna y, después, varias veces en el torso. Cinco o seis veces, puede que más. Ellis desperdició varios segundos paralizada por la conmoción que le produjo tal ataque antes de poder huir.

Ellis sentía la mente embotada. Estaba a medio camino en la escalera cuando escuchó el rápido sonido atenuado de los pies descalzos de Sahm en el suelo de la planta baja.

Se giró y allí, al pie de la escalera, estaba su preciosa hija de cabello dorado, con el vestido rosa de lazos para el que Ellis había estado ahorrando y que le iba a regalar para el festival de la cosecha. La ropa estaba salpicada de un tono carmesí oscuro que brillaba a la luz de la lámpara. Sahm sostenía el cuchillo en la mano derecha. Desde el codo hacia abajo, su brazo estaba empapado en sangre, que goteaba desde la punta de la hoja.

—¡Espera, mamá, todavía tengo que alcanzarte!

Piensa que es un juego, ¿cómo es posible?

Ellis tiró de sí misma un escalón más hacia arriba.

Sahm cubrió dos tramos de un salto

—¡He dicho que ESPERES! —Entonces resbaló en el rastro de sangre del escalón, inclinándose hacia delante mientras su brazo derecho describía un arco sobre su cabeza y clavaba profundamente el cuchillo en el escalón en el que había estado Ellis hacía un instante.

El sonido de sus propios gritos ahogó el resto de ruidos mientras Ellis gemía y cojeaba para subir los dos escalones que la separaban de la segunda planta. Cubrió la distancia hasta el cuarto de Ralyn dando desesperados bandazos mientras tiraba de su pierna derecha inutilizada.

Una vez dentro, puedo atrancar la puerta y puede que...

Ellis llegó al umbral y se quedó helada. Ralyn no estaba en su cuna. Es más, la barandilla de madera de la misma estaba rota y sus pedazos diseminados por el suelo.

Ellis se sintió cada vez más mareada y se acercó a la barandilla rota para apoyarse. Sus miembros fríos respondían lentamente a lo que su mente les ordenaba.

—¡Aquí estás!

Ellis dio un respingo al ver a Sahm en el umbral con una gran mueca en la cara, la misma que ponía cuando jugaba a las peleas con su padre antes de que este se marchase.

El mundo se tambaleaba. Ellis retrocedió un paso. Agarró un barrote astillado de la baranda, con una punta larga y letalmente afilada en un extremo. Lo sacó de su sitio y lo agitó temblorosa.

—¿Qué has hecho, Sahm? ¿Qué has hecho con tu hermano?

Sahm bajó el cuchillo. Sus labios carnosos se giraron hacia abajo en las comisuras, las cejas se fruncieron y sus ojos se dilataron y humedecieron. Era el aspecto que tenía cuando hacía alguna travesura e intentaba eludir el castigo.

—¿Vas a hacerme daño, mamá?

El suelo se movía como la cubierta de un barco en aguas agitadas. Ellis apenas se daba cuenta de que su mano y la estaca se movían erráticamente.

—Solo quiero saber por qué... —sollozó Ellis. Su voz sonó extraña— ¿Es porque estás enferma? Te conseguiremos ayuda, iremos a ver a Bellik y...

Sintió un dolor agudo en el tobillo sano y un penetrante calambre que le provocó un agónico estertor que recorrió todo su cuerpo mientras gritaba.

Ellis miró hacia abajo y vio a Ralyn, que había salido gateando de debajo de la cuna. Le lanzó una cálida mirada con una gran sonrisa. Sus pequeños dientes aparecían cubiertos de una fina capa de un tono rojo brillante.

El mundo empezó a dar vueltas mientras se cernía la oscuridad. El brazo de Ellis cayó lacio, inclinó hacia atrás la cabeza y, por suerte, no sintió la larga hoja con la que Sahm le atravesó el pecho.

Valla alcanzó el límite exterior de Havenwood poco antes de medianoche. No había escogido la hora de su llegada, pero le pareció bien en cualquier caso.

No sería bien recibida en la ciudad. Su gente nunca lo era. Los cazadores de demonios se percibían como oscuros presagios o heraldos de la muerte, incluso en los buenos tiempos.

El aire aún era cálido mientras recorría campos iluminados por la luz de la luna, abarrotados de yermos maizales y grandes extensiones de tierra en las que las hileras de celemines de trigo cosechado permanecían quietas como soldados obedientes. La cosecha estaba en marcha.

Pronto llegó a los oídos de Valla el gratificante sonido de un cauce de agua.

Un río.

La hija del aserrador sintió cómo se le hacía un nudo en el fondo del estómago mientras cabalgaba.

El posadero se quedó pálido al verla, a pesar de que se había quitado la capucha y se había bajado la bufanda para tranquilizarlo. Respondió a sus preguntas con frases escuetas. No había habido señales de problemas, nada fuera de lo normal. Nada de qué preocuparse. Le dio una nota para que se la diese al curandero de la aldea con la primera luz del alba: *Si hay algún problema, mándame a buscar.*

Al entrar en su alojamiento, Valla hizo un repaso rutinario tomando nota de varios detalles: un aparador resistente que se podía utilizar a modo de barricada si fuese necesario. No había puerta que conectara con la habitación contigua. Una cama situada contra la pared más lejana con buena vista de la entrada. Un escritorio con una silla y una ventana a una altura de diez codos del suelo del exterior.

Entonces Valla se quitó la armadura de placas y sus numerosas armas. Colocó en un lugar de fácil alcance en la cama las ballestas gemelas, las dagas, los dardos, las boleadoras y el carcaj de viotes; teniendo especial cuidado con un virote escarlata decorado con runas. Empezó a desempaquetar. La hija del aserrador no pudo deshacerse ni un instante de la sensación de inquietud que la había atenazado mientras cabalgaba. La sensación de estar olvidando algo. Algo importante. Vital. Como si tuviese un vacío en la mente, un hueco en el que una vez tuvo almacenado un conocimiento esencial.

Terminó de deshacer el equipaje, se sentó en el suelo y cerró los ojos para relajar la mente. Se concentró en la cadencia de su pulso.

Fuera lo que fuera ese conocimiento olvidado, no era capaz de recuperarlo. Entonces otros pensamientos se entrometieron.

¿Y si estaba equivocada acerca de todo el asunto? ¿Y si había desobedecido a Josen para nada?

Decidió que preocuparse por ello no le haría ningún bien. Y el recuerdo olvidado ya volvería a su debido tiempo.

Valla se sentó al escritorio y escribió una breve carta a su querida hermana, Halissa. Recopiló detalles de su viaje, le dijo que todo iba bien, que la quería y que iría a visitarla pronto.

Esperaba que fuese cierto. Tal vez después de despachar a este demonio... podría tomarse un tiempo de descanso.

Dobló la carta, la metió en un sobre y lo dejó en su bolsa de viaje.

Valla sopló la vela y se tumbó de lado, de cara a la puerta, mientras su mente intentaba recordar lo que creía haber olvidado.

Suspiró con pesar y deseó desesperadamente, como cada noche, un sueño sin pesadillas sobre el ataque a su aldea. Deseó, como cada noche, soñar con algo bueno, aunque solo fuese por una vez.

Se había olvidado de lo que era soñar con algo que no fuese una matanza.

Keghan Gray se tambaleó al pasar por el umbral de su casa de campo, después de haberse aliviado en el jardín de flores unos momentos antes. A Seretta no le haría gracia si se enteraba, pero mantendría la boca cerrada al respecto si sabía lo que le convenía. No *sabía* tales cosas cuando se casaron, pero había aprendido con el paso de los años. A veces, las lecciones eran duras, pero necesarias.

La lámpara junto a la puerta no estaba encendida... Keghan lo comentaría al día siguiente con Seretta. Un hombre se podía romper la maldita pierna al entrar en una casa a oscuras. Tras tres intentos, Keghan logró encender la mecha.

Keghan se preguntaba distraído dónde estaría Rexx, mientras se dirigía a la cocina. En las noches en las que Keghan volvía tarde a casa de la taberna, Rexx normalmente lo saludaba en la puerta, con la lengua fuera y moviendo el rabo con alegría. Por supuesto, Rexx prefería dormir en la habitación de Joshua... Seguro que ahora estaría allí, acurrucado a los pies de la cama.

La mesa de la cocina estaba vacía. Keghan se sintió bastante agraviado, lo que hizo que sus manos se cerraran en puños y apretase la mandíbula de forma refleja. Le había ordenado a Seretta que tuviese dispuesto algo de cena para cuando llegase. No podía ser tan tonta. Keghan pensó que tal vez Joshua se habría comido su parte. Si era así, habría que castigar al chico. Un castigo firme, como merecía tal falta.

Pero de momento, parecía que Keghan se vería obligado a cortar su propia carne. Después de todo, cabalgar hasta allí desde la ciudad le había abierto bastante el apetito. Keghan tomó un cuchillo de la mesa y empujó la lámpara ante él mientras se dirigía hacia la alacena.

Se abrió paso hacia la larga sala completamente a oscuras. La luz de la lámpara reveló unos cuantos trozos de cerdo de buen tamaño que colgaban en ganchos alineados en la pared de su derecha. Se detuvo ante una dura pata de cerdo y sonrió.

Keghan se inclinó para colocar la lámpara de forma que pudiese cortar una loncha y, al hacerlo, observó un charco de algo que parecía vino tinto en el suelo. Acercó la lámpara.

Era sangre.

La visión lo espabiló ligeramente... No tenía que haber sangre en el suelo. A los cerdos se los degollaba y limpiaba fuera.

Se acumulaba justo entre sus piernas y provenía de algún lugar a su espalda. Keghan se dio la vuelta mientras se levantaba. Levantó la lámpara, que casi se le cayó al retroceder.

Rexx estaba colgando de un gancho en la pared de enfrente; colgaba de la zona de carne blanda bajo la mandíbula. Tenía el pelaje cubierto de sangre y aún goteaba desde la punta de la cola. Le habían extraído la mayor parte de las vísceras, que estaban apiladas en un rincón.

Una cálida brisa entró al abrirse la puerta del extremo de la alacena. La luz de la lámpara no llegaba tan lejos como para que Keghan pudiese ver. Bajó la lámpara y la alejó para que su visión se ajustase. Una voz llegó hasta él.

—¿Padre?

—¡Joshua! Ven aquí, chico. ¿Qué haces ahí fuera?

Keghan aún no distinguía mucho más que un borrón oscuro que se perfilaba en la luz.

—¡He dicho que entres! Alguien ha matado al perro. Haz lo que digo, chico. ¡Muévete!

Sus ojos se ajustaron lo suficiente como para ver la silueta de su hijo, quieto en el umbral, con una guadaña de largo mango en las manos. Su hoja curvada se dibujaba nítida ante el fondo de la luna y las nubes.

—Pero aún hay que seguir segando, padre.

Keghan abrió la boca estupefacto mientras avanzaba tambaleándose.

—¿Pero qué dices, chico? ¿Estás tonto?

Al dar unos pasos más, la lámpara bañó de luz a Joshua. Sus ropas de faena estaban manchadas... del mismo color vino que cubría el suelo.

—¿Has sido tú? Has matado al perro, pequeño y retorcido...

Sin articular palabra, Joshua avanzó y blandió la guadaña. Keghan alzó el brazo izquierdo para detener el golpe, pero, en el último segundo, el chico movió el apero hacia abajo y a lo largo, entre las costillas de

Keghan, rajándole las entrañas mientras la hoja penetraba lo bastante como para mostrar su punta cubierta de sangre por el otro lado.

Un sonido de gorgoteo subió por la garganta de Keghan y escapó como un traqueteo por su boca abierta. ¡El chico le había ensartado! Como a un maldito cerdo. Tendría que responder por ello. No importaba cómo pero el chico sería castigado. Con dureza.

Joshua tiró para liberar la hoja, un error que Keghan aprovechó bien. Avanzó rápido e introdujo el cuchillo de cocina hasta el mango en la garganta de Joshua.

Su hijo cayó hacia atrás como una piedra. A pesar de no tener ya clavada la hoja de la guadaña, un dolor abrasador ardía en el vientre de Keghan. Tosió y escupió un gran borbotón de sangre... Entonces echó a correr. ¡Había matado a su hijo! Solo podía pensar en huir, en correr lo más deprisa posible. Se adentró directamente en los maizales, haciendo caso omiso de los tallos que pisoteaba o apartaba, tambaleándose, escupiendo sangre y sintiendo un creciente mareo que amenazaba con derrumbarlo en cualquier momento.

Corrió tan rápido como se lo permitían las piernas, hasta que finalmente el dolor del estómago le obligó a ponerse de rodillas. Había llegado a la base del espantapájaros del campo. Tenía que huir. Si pudiese volver a ponerse en pie. Si pudiese alcanzar el pueblo y llegar hasta Bellik el sanador...

Keghan se agarró a los pantalones del espantapájaros, y tiró para ponerse en pie mientras un largo torrente de sangre y bilis colgaba de su barbilla. El material que había bajo su puño cerrado, sin embargo, no tenía el tacto de la paja.

Y la tela estaba empapada de sangre. ¿Era suya?

Estaba perdiendo la consciencia. Keghan dio un violento tirón, para terminar de levantarse mientras alzaba la vista para observar la cara del espantapájaros...

En su lugar, contempló las facciones laxas e invadidas por el terror de su esposa muerta.

Justo antes del amanecer de la siguiente mañana, Valla se encontraba junto a un cuerpo cubierto por una sábana en el estudio de Bellik. La sangre que salía de la cabeza había empezado a secarse en el paño.

—¿Quién es? —preguntó Valla.

—Durgen, el herrero. Apenas podía hablar cuando llegó hasta mi puerta... solo dijo algunas palabras antes de morir, pero fueron más que suficientes.

—¿Qué dijo?

—¿Eh?

Bellik era una reliquia de hombre: flaco y encorvado, además de sordo, pese a sus enormes orejas. Su incomodidad ante la presencia de Valla era patente.

—Las palabras del herrero, ¿cuáles fueron? —preguntó Valla más alto.

—Ah...

El sanador trató de retirar la sábana, pero se había quedado adherida a la sangre seca. Bellik tiró de ella y el paño se soltó, revelando a un hombre deteriorado con media cabeza deformada por un golpe.

—Dijo: "Mi hijo me ha hecho esto".

Valla observó en silencio durante un largo rato, y volvió a tener aquella sensación: la preocupante noción de que se le olvidaba algo importante. Trató de ignorarla concentrándose de nuevo en la situación presente, en el hombre muerto traicionado por su propio hijo.

Entonces se escuchó un grito proveniente del exterior, de la calle. El desesperado lamento de alguien cuya vida finalizaba de forma violenta.

Valla saltó hacia la puerta.

—Quédate aquí.

Un instante después, salió a la luz previa al amanecer. En la calle había un chico, quizás de unos trece años que estaba sobre el cuerpo de una comerciante. Llevaba un martillo de herrero cubierto de restos humanos. Lo que quedaba del cráneo de la comerciante estaba esparcido entre los artículos dispuestos en una harapienta manta cercana.

Valla recordó el detalle de que no había niños entre los cadáveres del almacén de Holbrook y, de repente, lo comprendió.

No había niños porque ellos habían realizado la matanza. Peones que llevaban a cabo la voluntad del demonio. Durante un breve instante, Valla se sintió tan conmocionada, tan convulsionada por tal idea, que bajó la guardia. Se volvió vulnerable. Recuperó la concentración y siguió valorando la situación. O actuaba rápido o moriría.

El grito también había hecho salir a otras personas, pero Valla se fijó especialmente en una niñita rubia con un vestido rosa que estaba al final del camino. En una mano llevaba un cuchillo teñido de escarlata y con la otra sujetaba a un bebé ensangrentado y de aspecto feroz a la altura de la cadera. Sus ojos eran grandes y brillantes.

Escuchó un crujido en el mirador que dominaba la posición en la que se encontraba Valla. Alguien había salido, pero el leve y agudo crujido indicaba que se trataba de una persona de escaso peso.

Otro niño.

El chico del herrero se acercaba ahora a Valla con la boca abierta y sonriente.

Otros dos niños acudieron al encuentro, un niño pequeño que arrastraba una espada envainada y una chica más mayor que llevaba una gran piedra en las manos.

Entonces apareció un último niño, un chaval pelirrojo al que le faltaban dos dientes, que saltaba con una hachuela en la mano derecha. Un pequeño grupo de cinco adultos también había salido a la calle. Unos cuantos rostros observaban desde las ventanas.

—Todo aquél que no quiera resultar herido, más vale que se encierre con llave —ordenó Valla desde el fondo de su capucha.

—¡Ya!

Los adultos del grupo obedecieron.

Bellik estaba en la ventana observando.

Antaño habría considerado bonita a la mujer, cuando aún se preocupaba de tales cosas. Ahora solo veía a un heraldo de la fatalidad. Era algo más que sabido: allá donde van los cazadores de demonios, la muerte les sigue.

Los adultos del pueblo se habían resguardado, pero los niños... los niños se habían quedado fuera y se posicionaban para atacar. Bellik volvió a recordar las palabras del herrero...

Mi hijo me ha hecho esto.

¿Qué clase de locura se cernía sobre el mundo para convertir en carniceros a los niños? Y aquella mujer... la cazadora de demonios, seguro que los mataría.

Una repentina nube de humo estalló procedente de los pies de la mujer y se extendió inmediatamente, ocultándola de la vista. Un instante después, una pequeña forma se dejó caer en la neblina procedente del mirador que estaba sobre el punto de observación de Bellik. Mientras la nube empezaba a disiparse, una hachuela voló de un lado a otro y no acertó de milagro al niño que acababa de saltar.

Bellik giró la cabeza para ver a una figura alzarse a varios metros de distancia en la oscura niebla que se desvanecía. Era ella. El humo había sido una maniobra de distracción de la cazadora. Esta giró la muñeca

y un niño pelirrojo, probablemente el chico de los Travers, pensó Bellik, se dio una palmada en la nuca como si le hubiesen mordido.

Bellik se puso firme.

¡Los está matando!

El hijo del herrero, Kyndal, corrió hacia delante, con los ojos saltones y la baba cayendo de su boca abierta. Esgrimió el martillo en un amplio arco. La cazadora de demonios se acercó, agarró al chico de la muñeca y aprovechó su giro para darle la vuelta y lanzarlo por los aires contra otro chico que Bellik no reconoció y que trataba de desenvainar una espada que era más grande que él.

El chico cayó redondo de espaldas. La cazadora de demonios cogió el martillo y asestó un golpe desde abajo, que alcanzó de lleno la base de la mandíbula de Kyndal. Los dientes salieron volando. La mujer se hizo a un lado y Kyndal cayó boca abajo, desmayado. A poca distancia, el chico de los Travers, que aún tenía la mano en la nuca, se desplomó.

La mano de la cazadora de demonios volvió a girar en dirección al niño que había bajado del mirador. Al igual que le ocurrió con el muchacho que llevaba la espada, Bellik no reconoció al chico. ¿Serían visitantes de Holbrook?

Bellik apretó los puños. Fuera, dos niñas corrían hacia la mujer, Sahmantha Halstaff, que brincaba hacia delante como si jugase a la pelota, esgrimiendo una daga ensangrentada y Bri Tunis, que levantaba una pesada piedra sobre su cabeza.

Bellik había visto acróbatas de la lejana tierra de Entsteig hacía muchos años en Caldeum. Daban saltos mortales y volteretas, de frente y de lado, con una facilidad que era simplemente increíble. El sanador se acordó de ellos mientras miraba cómo la mujer saltaba hacia delante, se encogía y giraba haciéndose un ovillo, sin que pareciese molestarle la malla de placas de agudos bordes que llevaba puesta. Aterrizó detrás de Sahmantha. Era un torbellino de movimiento casi demasiado rápido para el ojo, pero, lo más sorprendente de todo, fue que tras el paso de la cazadora de demonios, Sahmantha quedó atada con una fina cuerda.

No muy lejos, el extraño que había saltado del mirador se derrumbó como lo hiciese el chico de los Travers.

¡Ya basta!

Bellik corrió hacia la puerta y la abrió mientras la cazadora de demonios dio un giro para colocar a Sahmantha junto a Bri. Sus movimientos eran imposiblemente rápidos y sus brazos se agitaban como una bandera en medio de un vendaval. Al terminar, las dos chicas estaban atadas.

El hermano de Sahmantha, el pequeño Ralyn, gateaba hacia delante en lo que parecía un intento de clavar los dientes en la pierna de la cazadora de demonios. Lo levantó, sacó su daga...

—¡No! —gritó Bellik.

... Y la deslizó por la parte de atrás de la camisa del bebé para colocarla en una viga cercana, dejando al niño pateando y sacudiéndose de forma inofensiva. Se dio la vuelta y caminó hacia Bellik.

—Los niños —resolló.

—Están vivos. He usado dardos sedantes. Están a salvo, por ahora, y solo con tu ayuda seguirán así.

Bellik aflojó los puños. Sus hombros se relajaron aliviados.

—¿Sorprendido? —preguntó Valla.

—Se dice que algunos de vosotros... —Bellik miró al suelo.

—Dilo —incredó Valla desafiante.

Bellik reunió coraje

—Que no sois mejores que los demonios. Que vuestros ojos brillan con el fuego infernal. Que allá donde vais, la muerte os sigue.

Valla se acercó a Bellik, que se tambaleó hacia atrás.

—Se dice que cuando un demonio mira en tu interior, sanador, en los más profundos recodos de tu mente, tú también puedes mirar en la suya si sabes cómo hacerlo. Y entonces solo ves venganza. Solo la caza. Y tus ojos brillan con esa obsesión.

El labio inferior de Bellik se estremeció.

—Tus ojos... no arden.

El semblante de Valla se suavizó.

—No. Yo vivo para algo más que la venganza. —Valla se giró—. Ahora necesito un lugar donde retener a los niños. Por separado.

El sanador pensó un momento.

—Solo tenemos un calabozo... pero hay establos para las bestias de carga. Seguro que servirán.

Valla miraba a través de la pequeña ventana con barrotes al compartimento del establo. Sahmantha estaba allí sentada, con las manos y los pies atados, la cabeza inclinada y su cabello rubio le cubría la cara. El resto de los niños estaban en los otros compartimentos, dos o tres juntos en algunos, pero Valla había insistido en que Sahmantha estuviese sola.

Cuando llevaron a los niños allí, una multitud de lugareños se reunió alrededor de las carretas que usaron para transportar a los pequeños a los establos. Muchos de los ciudadanos se habían puesto violentos y gran parte de su ira se dirigía hacia Valla. Pero Bellik... confiaban en Bellik y su opinión había evitado la catástrofe, al menos de momento. Incluso en esos momentos, el pueblo esperaba fuera de los establos. Valla podía escuchar el eco del barullo de sus maldiciones y lamentos.

Bellik acababa de terminar de hablar con ellos.

—Quieren saber por qué está ocurriendo esto. ¿Por qué los niños?

Valla abrió la puerta del establo, entró y se arrodilló en la paja seca.

—Cierra al salir.

—Pero...

—Hazlo.

Mientras escuchaba como el pestillo se cerraba de nuevo, Valla apartó el pelo de la cara de Sahmantha. Levantó la barbilla de la niña. Los ojos de la pequeña estaban cerrados.

El cabello rubio, la piel suave... le recordaban demasiado a Halissa. Se acordó de cómo su cara siempre se iluminaba al ver a su hermana mayor. Pensó en los ojos brillantes e inquisitivos de Halissa y en su energía desbordante.

Valla no podía mostrar debilidad ante el sanador pero, en ese momento, le embargó la náusea. Sintió una marea de tristeza y desagrado. De repente, un gran cansancio invadió tanto su cuerpo como su alma.

Se acordó de su aldea en Westmarch. De su familia. Luchó contra los recuerdos de la masacre que tuvo lugar cuando ella era tan solo una niña, que empezaban a desplegarse con rapidez. Los mismos recuerdos que la atormentaban cada noche: los gritos de los moribundos y agonizantes, la sangre, una garra de demonio que intentaba alcanzar su cuello pero le daba en la mandíbula, la huida, la mano de Halissa cogida a la suya, un escondite junto al río...

Y después, el encuentro con otros que habían sufrido destinos similares, el descubrimiento de los cazadores de demonios. El tutelaje de Josen, convertirse en herramienta de la venganza, en un arma forjada para enfrentarse al corazón de las tinieblas.

Valla se había estado acariciando distraída la cicatriz de la mandíbula. Después se inclinó hacia Sahmantha.

—Habla, demonio.

Valla esperó. No hubo respuesta.

—No seas tímido conmigo. No puedes ganar en este juego. Tu única esperanza es regresar con tu maestro maldito, y rezar para encontrar piedad en los Infiernos Abrasadores, ya que en mí no la encontrarás. Ahora dime tu nombre.

Sahmantha no se movió.

Valla bajó la cabeza de la niña. Después se levantó y se acercó a la ventana con barrotes.

—¡Sanador! Me preguntabas si había la razón por la que el demonio había elegido a los niños... la respuesta es sí. Este patético desecho de engendro infernal escoge a los jóvenes porque es débil y los retoños son presa fácil y vulnerable para la escoria que suplica las migajas que sus maestros desprecian.

Bellik estaba justo en el centro de visión de Valla. La miró con las cejas enarcadas.

Entonces, Valla percibió movimiento a su espalda, acompañado por el más leve sonido.

La hija del aserrador se volvió y vio a la niña de puntillas, con la espalda arqueada y la cabeza contra el hombro... El cabello se le había apartado de una cara marcada por las venas. Tenía los ojos como platos, sin enfocar a nada en concreto e inyectados en sangre. Cuando abrió la boca, parecía luchar por articular palabras. Entonces...

—¡NO ME DES LA ESPALDA, SOBERBIA!

La voz sonaba con un audible esfuerzo chirriante, como si aspirase continuamente.

—¿QUERÍAS ENFRENTARTE A MÍ? —La cabeza de la niña daba bandazos de un hombro al otro—. TAL PRIVILEGIO EXCEDE TU CAPACIDAD, INFRASER. SIN EMBARGO, ES UNA DISTRACCIÓN QUE PODRÍA ENCONTRAR DIVERTIDA. SUÉLTAME Y VEREMOS...

Valla sacó una hoja. Bellik protestó. Tenía las manos apretadas contra los oídos y los labios temblorosos. Valla no parecía darse cuenta de ello, mientras cortaba los nudos que retenían a Sahmantha.

Bien, veamos.

Volviéndose a poner en pie, la niña dio dos pasos indecisos. Valla se movió a un lado y la niña se abalanzó para situarse ante la puerta de barrotes. Su cabeza giraba sin parar y la barbilla rotaba sobre los hombros. Sus ojos vacíos observaban.

—VEN.

Valla dijo a Bellik:

—Abre la puerta.

Bellik miró primero a Sahmantha y luego a Valla.

—¿Es seguro?

—Nadie saldrá herido. Yo me encargo.

Tras un instante de vacilación, Bellik hizo lo que se le ordenaba. La niña, con el mentón pegado al pecho y el pelo colgando de tal forma que no podía ver dónde iba, procedió sin error hacia el establo.

Bellik la evitó y, después, él y Valla la siguieron mientras se dirigía a los otros compartimentos donde estaban los demás niños. A su derecha, la niña mayor que antes había sostenido la piedra estaba en la puerta agarrando los barrotes. Al hablar, lo hizo con la intensa voz del demonio.

—SOY OLPHESTOS. EL INFILTRADO, EL ABASTECEDOR, REBAÑO DE LOS MALDITOS Y DESOLLADOR DE LOS CONDENADOS CONVULSOS...

Bellik miró horrorizado y volvió a taparse los oídos mientras Sahmantha prosiguió. El chico que arrastraba la espada por la calle se levantó para mirar por una ventana del otro lado y la voz continuó, en esta ocasión salía de su boca.

—EL INSTIGADOR, EL RECOLECTOR, EL MUTILADOR Y LA GARGANTA DEL GRITO SILENCIOSO...

Otro niño habló desde un compartimento a la derecha de Sahmantha:

—EL BARQUERO DE LOS SUEÑOS PERDIDOS, LAS ESPERANZAS DESTROZADAS Y LA DESESPERACIÓN ARDIENTE.

En el último compartimento apareció el hijo del herrero. Había un hueco sangriento en el lugar donde habían estado sus dientes frontales.

—LA DISPUESTA MANO DERECHA DEL TERROR. EL OJO QUE MIRA AL INTERIOR. CONÓCEME Y CONOCE LO INENARRABLE.

Bellik se mantuvo cerca de Valla mientras Sahmantha salía a la luz del sol.

Valla salió tras ella, se quitó la capucha y se abrió paso entre la multitud congregada.

—¡Haced sitio! ¡Todos! ¡Bellik, ayúdame!

Los habitantes del pueblo se agolpaban y lanzaban preguntas y acusaciones. Bellik gritó a la multitud para que se apartaran mientras Sahmantha se tambaleaba hacia delante.

Valla apartó a la muchedumbre del paso de la niña, que prosiguió. Sus movimientos eran erráticos y espasmódicos en algunos momentos y gráciles y fluidos en otros. El grueso de la gente continuó más allá de las tiendas hasta el extremo oriental del pueblo.

Sahmantha aceleró el paso y varios de los lugareños se quedaron atrás. Bellik resollaba con la cara enrojecida por el esfuerzo.

Habían recorrido un tramo de camino polvoriento y desolado. En realidad era poco más que un sendero que llevaba a los campos que se extendían más allá. Sahmantha avanzó hacia un parche de hierba

muerta, se detuvo y se dio la vuelta. Irguió la cabeza y la voz tormentosa del demonio atronó una vez más.

—¿QUERÍAS ENFRENTARTE A MÍ? PUES VEN...

La niña sonrió despacio y, cuando volvió a hablar, fue con la voz infantil de la pequeña Sahmantha Halstaff.

—Podemos jugar juntas a las peleas.

Sin previo aviso, los ojos de la niña se cerraron. Su cuerpo se quedó inerte y se derrumbó.

Valla se acercó rápidamente y se inclinó para asegurarse de que Sahmantha seguía viva. Pudo oír su respiración.

La mayoría de los lugareños que se habían quedado atrás llegaron en ese momento y rodearon a la cazadora de demonios. Bellik estaba cerca, y se esforzaba por recuperar el aliento. Valla miró hacia arriba como si esperase que el demonio fuese a caer del cielo.

Después, miró hacia abajo. Observo la hierba marchita y pasó los dedos por ella. Ocupaba una gran extensión que se estrechaba a lo lejos y formaba más o menos el contorno de un enorme ojo. También había puntos negros diseminados. Contaminación demoníaca.

—Sanador, ¿qué hay debajo de nosotros?

Bellik levantó las cejas.

—Nada.

—Bueno, eso no es del todo cierto.

Tanto Valla como Bellik se giraron hacia uno de los observadores, un granjero rechoncho con un poblado mostacho.

—Justo bajo nuestros pies tendría que estar el río Bohsum.

Bellik miró a Valla que, aunque bien podía ser un efecto de la luz, parecía haber palidecido.

—Pero yo oí el río cuando llegué cabalgando anoche. Incluso ahora se oye su murmullo.

El granjero bigotudo bajó una ceja en un gesto que parecía indicar cierto orgullo.

—Ese no es el auténtico Bohsum... Es solo un canal que excavaron los pobladores hace siglos para reconducir el agua. El auténtico Bohsum mana de las montañas Deadfall...

El granjero se giró y señaló al noreste.

—Y al poco, entra a un sumidero. Luego discurre bajo tierra..., justo por esta zona, durante un buen trecho hasta que vuelve a surgir a la superficie a dos días de viaje hacia el oeste.

Valla revisó los alrededores cercanos.

—¿No hay un pozo?

—El suelo fuera de la ciudad es bastante fértil, pero el terreno de ahí a la derecha es duro como la piedra. Fue más sencillo para los pobladores de aquella época excavar el canal.

Valla suspiró mientras respondía.

—Aparte del sumidero y del lugar donde vuelve a aparecer el río... ¿hay otras maneras de bajar ahí?

El granjero bufó:

—No.

—¿Y dónde está el sumidero?

El granjero movió la cabeza en dirección a las montañas.

—Más o menos a medio día por allí.

Bellik miró inquisitivo a Valla.

—¿Y ahora qué?

La hija del aserrador se puso la capucha y recorrió la multitud con la mirada.

—Permaneced aquí juntos. El número hace la fuerza. Llevad a Sahmantha de nuevo a los establos. Atad y encerrad a todo niño menor de dieciséis veranos. —Miró otra vez a Bellik.

—Y traedme mi caballo para que pueda ir a matar a vuestro demonio.

Parecía una tormenta de truenos.

Valla estaba en pie en el borde de la cavidad hacia la que manaba el Bohsum y sus ojos se perdieron en las turbulentas aguas del sumidero. El río entraba en una depresión haciendo lentas espirales en los bordes y corría con más fuerza en el interior, antes de desaparecer finalmente en la oscuridad central, hacia la zona desconocida de abajo.

Notó las frescas salpicaduras en la cara mientras el vórtice retorcido y el sonido tormentoso llevaron su mente a una noche semanas después del ataque a su pueblo...

Valla y Halissa estaban acurrucadas juntas para darse calor mientras la lluvia empapaba la tierra. Halissa había caído en un sueño exhausto. Pero, como había sucedido muchas noches antes, le acosaban las pesadillas de la masacre. Halissa se despertó chillando y echó a correr...

Cerca de allí, discurría el crecido río. Halissa se acercó demasiado a su ribera y resbaló en el lodo... Halissa levantó la mano...

Valla temía que el agua se llevase a Halissa, que la perdiese para siempre... como las rápidas aguas que formaban remolinos en el corazón del sumidero, que parecía una cuenca vacía.

Se le encogió el corazón al recordar aquello, pero había logrado asir la mano de Halissa. Había funcionado. Al final, todo había salido bien.

De vuelta a la realidad, el vacío en los recuerdos de Valla se hizo más pronunciado: una nada persistente. Fuera lo que fuera lo que faltaba, Valla decidió que no importaba. Se sintió más cansada que nunca, pero acabaría con esto. Por Halissa.

Sabía que su armadura solo la lastraría, así que se despojó de ella pieza a pieza. Colocó sus armas en un saco que le había dado Bellik a tal efecto. También llevaba allí yesca y pedernal envueltos en piel de cabra. A esto añadió sus boleadoras y varios virotes de punta explosiva.

Se quitó la capa y la capucha y las colocó en el saco para que no le estorbasen en el agua. Despojada de sus vestimentas, Valla se ciñó el saco y dio un paso hacia el borde de la grieta.

A Valla no podía pensar en nada con menos conciencia que un demonio que corrompiese a los niños. Sintió una calidez surgir en su interior, una furia hirviente. Pero eso era lo que el demonio quería, ¿verdad?

Pensó en Delios. En su fracaso.

Un cazador de demonios siempre ha de templar su odio con disciplina.

Una parte de ella sabía que era posible que no sobreviviese a la inmersión, y que las aguas revueltas podían llevarla a una húmeda muerte.

Valla respiró hondo y saltó.

En el ojo giratorio del sumidero se desarrollaba una especie de caos aislado. El mundo se rendía a la oscuridad mientras sus músculos pugnaban por recuperar la orientación de su cuerpo. La respiración contenida ardía en su pecho. Luchó por aferrarse al saco en medio de todo aquello. Se veía azotada, envuelta, empujada y cada vez más sumergida más profundamente y más lejos, hasta que la consciencia amenazó con abandonarla por completo. La oscuridad y la desorientación eran totales.

Tenía una profunda sensación de velocidad. Varias partes de su cuerpo chocaron contra protuberancias rocosas mientras se la llevaba el río.

Y entonces...

Sus dedos hallaron un asidero. Había agarrado una sólida estalagmita, y braceaba contra la rápida corriente. Sacó la cabeza y tomó todo el aire que su pecho le permitía albergar.

Notó que llevaba el saco en la mano y se sintió aliviada. El agua en los ojos no le permitía ver e incluso después de limpiarse la cara con el brazo, su visión seguía sin ser clara.

El aire era fresco allí abajo. Valla tanteó con el pie y notó una pared de piedra. Finalmente, la ceguera se redujo mientras volteaba el saco para ponerlo en un saliente, y salía del embravecido torrente.

Se sentó y dio un momento de descanso a su cuerpo mientras examinaba el entorno. La zona adyacente se abría en lo que parecía ser un laberinto de túneles y nichos. Las algas luminiscentes cubrían paredes, estalactitas, estalagmitas, columnas rocosas y zonas del techo. La luz que emitían proporcionaba un brillo siniestro y antinatural que hacía innecesario el uso de una antorcha.

Bien, pensó Valla. Así puedo tener libres las dos manos.

Era imposible detectar cualquier otro sonido aparte del torrente de agua, ya que su rugido estruendoso hacía eco en todo aquel lugar. Valla sacó la capa del saco y se la ajustó para entrar en calor. Afortunadamente, estaba prácticamente seca. Desempaquetó las armas, aliviada al ver que el virote escarlata aún estaba allí. Preparó las ballestas y se quedó de pie con una en cada mano.

Miró en una caverna con puntiagudas púas de piedra caliza que emanaban del suelo y la parte superior, como un tiburón listo para engullir a su presa, y detectó una sombra perfilada contra la oscuridad al fondo que revoloteaba de un lado a otro.

Valla se acercó a ella y, al hacerlo, sintió el primer retazo de la mente del demonio en la suya, una presencia maléfica y detestable que acechaba en los límites de su consciencia, como un lobo escrutando desde el límite de un oscuro bosque.

Al entrar en la caverna la sensación se volvió más persistente. Sus sentidos se pusieron en alerta total y se le aceleró el pulso.

BIENVENIDA, dijo una voz en su cabeza. Valla se desplazó a la parte posterior de la caverna, donde un túnel se perdía en la oscuridad y las algas se volvían más dispersas en las paredes. Aquí y allá había manchas de la misma sustancia negruzca que encontraron en el pozo de Holbrook.

Se agachó y hundió los dedos en la viscosa mugre.

QUÉ INSISTENCIA LA TUYA. QUÉ DESEO.

¿POR QUÉ?

EL OJO LO DIRÁ.

Valla se detuvo y luego se coló en el túnel con las ballestas. Había movimiento en el suelo, un movimiento deslizante. Y entonces lo vio. Su piel reflejaba la escasa luz que bañaba aquel lugar. Se elevó un tentáculo negro que se desplegó y trató de golpearla. Valla disparó un virote y el miembro retrocedió, pero la ballesta no era una buena arma para esa tarea. Se colgó una ballesta y sacó una daga mientras sentía cómo el demonio ya sondeaba su mente con un dolor sordo. Visualizó tentáculos negros en su mente, no muy diferentes del apéndice que la había atacado.

LA HIJA DEL ASERRADOR.

Valla dio un tajo hacia delante, cercenando la punta del tentáculo mientras este se retraía. Lo hizo rápido, pero la presencia en su mente profundizaba aún más.

QUÉ RECUERDOS MÁS DELICIOSOS ALBERGAS, SACO DE SANGRE. LISTOS PARA LA COSECHA.

A medida que avanzaba, Valla sentía como si le perforasen la cabeza con agujas. Los muros estaban ahora cubiertos con el brillante lodo negruzco.

PUEBLO. FAMILIA. AMIGOS. CALOR. COBIJO. DÍAS FELICES.

Y ENTONCES...

DEMONIOS. COMO UNA NUBE DE LANGOSTAS.

Ahora los muros parecían retorcerse mientras más tentáculos emergían y se desenrollaban desde el lodazal. Valla colgó la otra ballesta, sacó otra daga y empezó a dar tajos de izquierda a derecha.

HUIR.

COBARDE.

LA FAMILIA ABANDONADA. LOS DEJASTE MORIR.

Valla luchó con la parte de sí misma que pensaba que eso era cierto.

Vosotros sois la mayor arma del demonio.

—¡No podía hacer nada para evitarlo! ¡Solo habría conseguido morir yo también! —gritó Valla mientras se enfrentaba a un enorme tentáculo que se colaba profundamente—. Hice lo que debía: sobrevivir.

Entonces se encontró en una galería circular aún mayor que se abría al fondo, una semicircunferencia externa flanqueada por columnas rocosas estrechas en el centro y anchas en la base y en la parte superior. Su cabeza palpitaba. El demonio lo intentaba con más fuerza.

GRITOS. MUERTE. ALDEA... PURGADA.

FAMILIA... PURGADA.

—¡No me manipularás como hiciste con Delios!

SANGRE...

SÍ. SANGRE...

UN RÍO DE SANGRE.

—¡Ya basta! ¡Enfréntate a mí y acabemos con esto!

EL OJO VE.

TE VEO.

El estruendo del agua era más lejano en esta zona y a Valla le pareció oír la risilla de una niña pequeña. Observó un movimiento en el anillo exterior y fue tras él.

La cámara curvada conducía a otro túnel. Otro giro y volvió a estar rodeada de tinieblas. Sus pies producían unos ruidos viscosos al caminar sobre la negra ponzoña del suelo y, entonces, el violento rugido del río atenuó cualquier otro sonido.

Iba caminando en círculos en dirección al agua. Una forma, una clara neblina, que parecía ser una cabeza que asomaba tras una esquina, apareció y volvió a desaparecer.

Valla volvió a retomar las ballestas, sorteó el giro y vio brevemente algo que parecía un niño. Este engendro del infierno debe de haber traído a uno de los niños aquí abajo con él... para usarlo de escudo.

La figura corrió. Valla la siguió. Se acercaban al río. Entonces Valla vio que se trataba de una niña. Una niña con el cabello largo y rubio.

TRUENO. LLUVIA.

La niña se detuvo y se quedó quieta de forma siniestra. Valla aminoró la marcha, lista para cualquier sorpresa, el corazón le latía con fuerza en el pecho.

HERMANA.

La niña se giró y Valla vio los rasgos de Halissa.

RÍO. CARRERA. MENTE DESTROZADA.

Estaba claro que no podía ser Halissa. Pero se parecía bastante a ella. La chica estaba pálida, como la misma muerte. Su piel podrida por el agua comenzó a caerse a tiras. Un ojo saltó de su órbita.

Valla se quedó paralizada. El dolor en su mente era insoportable. Pero el muro que había bloqueado sus recuerdos desde que llegó se desmoronaba.

Y recordó...

Sí.

Recordó la noche en que Halissa salió corriendo, enloquecida, enajenada después de semanas de pesadillas y de vivir como un animal, atormentada por la matanza que había presenciado. Se acordó de haberla perseguido en la tormenta.

La niña pequeña de la cueva sonrió y en la comisura de su boca asomó la pinza de un cangrejo negro.

Halissa había resbalado y el corazón de Valla se había convertido en hielo. Halissa había estirado la mano y Valla la había cogido...

Pero no pudo asirla durante mucho tiempo. Las manos empapadas resbalaron y se soltaron. Halissa chilló mientras desaparecía.

LO ENTERRASTE, LO INTENTASTE. EN LO MÁS PROFUNDO. PERO EL OJO VE.

NO HAY BUENOS SUEÑOS PARA TI.

Valla cayó de rodillas ante la niña de la cueva. Un tentáculo negro surgió del apresurado río, deslizándose como una serpiente por el suelo. Se enroscó alrededor del brazo de Valla y tiró. Una de sus dagas se cayó de sus dedos fríos. Ya no importaba. Nada importaba.

¿POR QUÉ LOS NIÑOS? LOS NIÑOS SON ESPERANZA. SOY EL DESTRUCTOR DE LA ESPERANZA. SOY EL TERROR DE SER ASESINADO POR LOS SERES AMADOS. SOY LA IRA POR LA INOCENCIA PERDIDA.

La destrucción engendra terror. El terror engendra odio. El odio engendra destrucción.

Sí.

DELIOS. HABÍA MUCHO ODIO EN ÉL.

Y EN LO MÁS PROFUNDO UN NIÑO ASUSTADO. ANSIOSO POR DESTRUIR.

Notó la áspera piedra contra ella mientras era arrastrada al borde del río.

AHORA ERES MÍA.

Pero había un retazo más de recuerdos perdidos.

Recordó el fuego del campamento.

El tentáculo tiró de ella desde abajo. Apareció otro que le amarró el brazo que le quedaba libre. El agua era mucho más profunda en esa zona. Valla cerró los ojos. Aún no quería dejar escapar aún su último aliento. ¿Cuál era la pieza final que faltaba?

El fuego del campamento. Los ejercicios mentales. Había enterrado el recuerdo de la muerte de Halissa. Pero, ¿por qué?

Recuerda.

Para que el demonio lo buscase. En su interior, Valla vio la infiltración como cientos de humeantes tentáculos.

Cuando un demonio mira en tu interior, en los más profundos recodos de tu mente, tú también puedes observar su esencia si sabes cómo hacerlo.

Valla pensó en su consciencia centrándose en un tentáculo y siguiéndolo hasta su fuente...

¿QUÉ ES ESTO?

Es lo más peligroso que un cazador de demonios puede hacer.

Su consciencia invadió la presencia que tan profundamente se había aferrado a la suya. Un malévolos ojo rojo dominaba su visión mental. Avanzó hacia él, buscando. El entorno estaba vivo, lleno de entes que se retorcían y reptaban. Pero, a medida que penetraba aún más, a medida que aumentaba su insistencia... iban tomando forma.

Con repentina claridad, entendió a lo que se enfrentaba.

Valla abrió los ojos bajo el agua. Y allí, en las negras profundidades...

Ardieron como el fuego.

Yo te veo a TI.

Notó que la presencia se retiraba de su mente y le soltaba los brazos. Dio un tajo con la daga que le quedaba, y cortó los tentáculos. El río amenazaba con arrastrarla... pero esta vez no sería así. El río no le arrebatría nada.

Olphestos ni siquiera es tu maldito nombre real.

Valla pateó hacia la superficie y se aferró con los dedos al saliente rocoso. Tiró de sí misma hacia arriba y el cadáver de Halissa, con una mirada asustada en la cara, retrocedió un paso.

Te veo, Valdraxxis, soldado de a pie. Renegado. Marginado.

La niña muerta dio la vuelta y echó a correr.

Durante las guerras contra los demonios mayores, lideraste una campaña que fracasó. Calumniado y despreciado... En otro tiempo fuiste un demonio importante en los Infiernos Abrasadores, pero ahora eres anatema hasta para los tuyos.

YO...

Algo se sacudió más allá de la oscuridad a su derecha, algo que otrora pudo haber sido un sapo pero ahora estaba malformado e hinchado y tenía unos enormes ojos centelleantes. Se acercó a ella.

NO PODRÉIS CONMIGO.

Valla cogió la daga con los dientes, hurgó en un bolsillo bajo su jubón, y se alegró al comprobar que aún tenía allí las boleadoras.

Lanzó una, que se envolvió alrededor de un brazo anfibio. La criatura levantó el apéndice hasta su rostro, mirando la cuerda y las esferas con expresión estúpida.

La bola explotó, y pulverizó el brazo de aquel ser, así como su cabeza mientras Valla cogía la daga de su boca y acechaba a la niña.

No era realmente el cadáver de Halissa, solo una forma que había adoptado el demonio para debilitarla.

Ahora eres tú el débil, perro faldero.

De los huecos en las paredes surgieron más entes. Cosas monstruosas. La primera descendió en diagonal, y esgrimió una única pinza enorme. Valla saltó por encima y atravesó el caparazón con su daga. Las piernas del engendro fallaron bajo ella. Recuperó una de sus ballestas.

Otra aberración cargó contra ella. Valla disparó un virote que hizo pedazos algo parecido a un brazo y otro más para atravesar un ojo bulboso, sin dejar de moverse y perseguir al suplantador de su hermana. Lanzó la daga y sacó la segunda ballesta.

La recibió un largo pasadizo. Los muros parecían tener vida propia: estaban plagados de insectos, cucarachas, ciempiés y escarabajos... una marea húmeda de pestilencia se abalanzó sobre ella.

La cazadora de demonios se detuvo, plantó rodilla en tierra y disparó múltiples virotos con ambas ballestas. Hubo varias deflagraciones. Notó su calor en la cara y, cuando las llamas se disiparon, la horda reptante se había convertido en una pasta adherida a las paredes. Al resto los aplastó al avanzar.

Valla giró en un recodo, pero lo que vio ya no era la niña pequeña.

Era una imagen de sí misma. Valla dio un paso, sacó el virote escarlata de debajo de su jubón. La Valla reflejada abrió la boca y una espesa babosa negra brotó de ella, y descendió hasta el mentón. De los orificios de la nariz manó también esa misma sustancia. La cicatriz de su mandíbula se abrió y supuró también el fluido oscuro. Sus ojos, se inundaron del líquido negro y la Valla reflejada lloró sangre demoníaca.

No. Esa no soy yo. Esa no seré yo.

La Valla reflejada huyó más allá de un oscuro nicho, y rodeó un enorme pilar de piedra. La cazadora de demonios la siguió con las ballestas listas para disparar. Dio la vuelta al pilar, giró, aterrizó sobre una rodilla, y dijo...

—Te veo, secuaz de los Infiernos Abrasadores...

Pronunció las palabras mientras el demonio emergía del nicho, agitando un fuerte brazo que acababa en una quitinosa hoja serrada. Un golpe que, tan solo un instante antes, habría decapitado sin duda a la hija del aserrador.

—En nombre de todos los que han sufrido, ¡yo te exorcizo!

El demonio era una enorme monstruosidad. Su cuerpo era como el de aquellas criaturas que existen en los abismos del mar, donde la luz nunca llega. Negros y tumefactos tentáculos le servían de piernas. Su torso estaba cubierto con una concha a modo de armadura erizada de protuberancias puntiagudas. Aquella criatura de pesadilla estaba totalmente cubierta de una sustancia viscosa del color de la noche.

—Te exorcizo y te maldigo. ¡No regreses jamás!

Un enorme ojo rojo con una estrecha pupila le devolvía la mirada. La pupila se dilató cuando Valla disparó el virote escarlata.

Este impactó en el ojo, y lo hizo estallar como si fuese una uva. Las runas del asta del virote brillaron y se produjo una deflagración luminosa.

El tiempo empezaba a ser cada vez más frío.

Valla estaba en pie, con la capucha bajada, mirando la gran cruz de madera que marcaba la tumba de Halissa. Habían crecido muchas hierbas desde la última vez que había estado allí. Las tumbas de sus padres, el lugar donde al fin había enterrado lo que quedaba de ellos, también estaba ahí. Alrededor, estaban los lugares de enterramiento de los otros aldeanos asesinados.

Josen se acercó pero permaneció en silencio. La suave brisa hacía ondear su capa.

Valla se arrodilló y empezó a arrancar hierbas.

—Noticias de la aldea —dijo Josen con su tono irritablemente monótono, como siempre—. Todo va... tan bien como cabe esperar, dadas las circunstancias. Los niños han vuelto en sí y no recuerdan nada de

sus acciones... aunque muchos crecerán sin padres. Bellik y los otros están ofreciendo sus hogares a los huérfanos.

Valla apretó la mandíbula.

—Bien.

Josen cambió de postura ligeramente.

—También se dice que la gente del pueblo está... agradecida.

La hija del aserrador se puso en pie y miró a Josen. Tenía tres tajos, todavía sin curarse, que en el lado izquierdo de la cara.

—¿Qué hay de Delios? —preguntó Valla.

—Nos hemos encargado de él —replicó Josen. Valla esperó más explicaciones. El maestro se limitó a mirarla impasible.

—He oído rumores —dijo ella—. Premoniciones de aquellos que tienen el don de la precognición... Dicen que una estrella caerá en Tristán en siete días.

Los ojos de Josen escrutaron a Valla.

—Lo que has oído es cierto. Se cree que la caída de la estrella es un signo de la Profecía. Los demás me pidieron que enviase a nuestro mejor cazador a investigar.

Valla sacó un objeto de debajo de su armadura. Se hizo el silencio durante un momento. Josen lo interrumpió finalmente.

—Lo que hiciste...

—Fue arriesgado, pero funcionó.

La hija del aserrador desplegó la carta que había escrito en Havenwood, se agachó y la colocó ante la tumba, poniéndole una roca encima.

—Dije que vendría a verte —susurró.

Se puso en pie y miró a su mentor.

—Todo es una prueba, es algo que siempre dices. La vida es una prueba. Fracasé en las ruinas... pero esta prueba la superé. Y aprendí mucho de ella. Aprendí que podemos llegar a ser nuestros peores enemigos. Pero también aprendí que por mucho que destruyan los demonios, jamás acabarán con la esperanza. —El sol del ocaso se reflejó en los ojos de Valla—. Tal vez a ti te baste con limitarte a ahogar tus emociones, pero ese no es mi camino. Fue liberador, durante un tiempo, vivir con la promesa de una vida diferente. Vivir una mentira satisfactoria

Qué fácil habría sido volver a vivir aquella mentira, pensó Valla. Josen la miró con su típica mirada escrutadora.

Valla prosiguió

—Fue un sueño bonito... pero por ahora debe ser solo eso: un sueño. —La hija del aserrador se subió la capucha—. He vuelto. He vuelto y estoy lista... para proseguir la caza.

Se dio la vuelta.

—¿Adónde crees que vas? —preguntó directamente Josen.

—A Tristán. Te dijeron que mandarás al mejor. Yo soy la mejor. Voy a ir y no tienes mucho tiempo para tratar de detenerme.

Valla esperó de espaldas al maestro cazador y, a continuación levantó su bufanda... Un instante más tarde se alejó, subió una pendiente y desapareció de la vista.

Josen la observaba y, de haber habido algún testigo presente, habría presenciado algo insólito. Algo jugueteaba en los labios del maestro cazador. Algo parecido a... una sonrisa.